

MÁS DE MEDIO SIGLO DE LA FACULTAD DE MEDICINA DE LA UNAM

Ruy Pérez Tamayo*

Este texto contiene recuerdos y reflexiones personales sobre la primera Escuela y después Facultad de Medicina de la UNAM, como yo la he conocido y vivido a lo largo de mis ya casi 60 años de relación con ella, a partir del año de 1943, o sea, antes de iniciarse la segunda mitad del pasado siglo xx. Mi generación tomó las clases de sus primeros tres años en el edificio hoy conocido como el Palacio de Medicina, en la esquina de las calles de Brasil y Venezuela, en el centro histórico de la ciudad de México. Sabíamos que en otros tiempos esta joya arquitectónica colonial había sido sede del Tribunal del Santo Oficio de la Inquisición, y los estudiantes de medicina de mis tiempos (igual que todos los estudiantes inconformes de todos los tiempos) afirmábamos que no había cambiado, que seguía siendo la Santa Inquisición para nosotros, sobre todo en época de exámenes.

La belleza colonial arquitectónica del Palacio de Medicina es sobrecogedora; Francisco de la Maza escribió, en 1981: "El Antiguo Palacio de la Inquisición es una de las obras de arquitectura histórica más hermosas de México". Cuando, después de atravesar la amplia entrada de cocheras se ingresa al gran patio central, rodeado por dos pisos de galerías periféricas de hermosos arcos castellanos medievales, y se asciende por las elegantes escaleras situadas al fondo (adornadas en el descanso por la estatua de San Lucas –"este santo fue médico") se llega a un segundo piso, donde se aprecia su amplitud y se admira la fortaleza de sus balaustradas. En mis tiempos, la biblioteca estaba en el segundo piso, y ahí pasé muchas horas, pocas estudiando y más echando novia, o simplemente cotorreando con los cuates. Había entonces un tercer piso, donde estaban los anfiteatros de disecciones, comandados por el famoso e inolvidable *Salitas*, pero era un agregado reciente y de aspecto tan poco atractivo como efímero, que al poco tiempo desapareció.

Al terminar el tercer año de la carrera, los estudiantes de medicina pasábamos a los hospitales, lejos del centro de la ciudad, y ya no regresábamos a nuestra Santa Inquisición, sino muy de vez en cuando, a visitar a algún maestro, a realizar algún trámite administrativo, o al final de los estudios, a sustentar la parte teórica del examen profesional (la práctica se realizaba al día siguiente, en algún hospital).

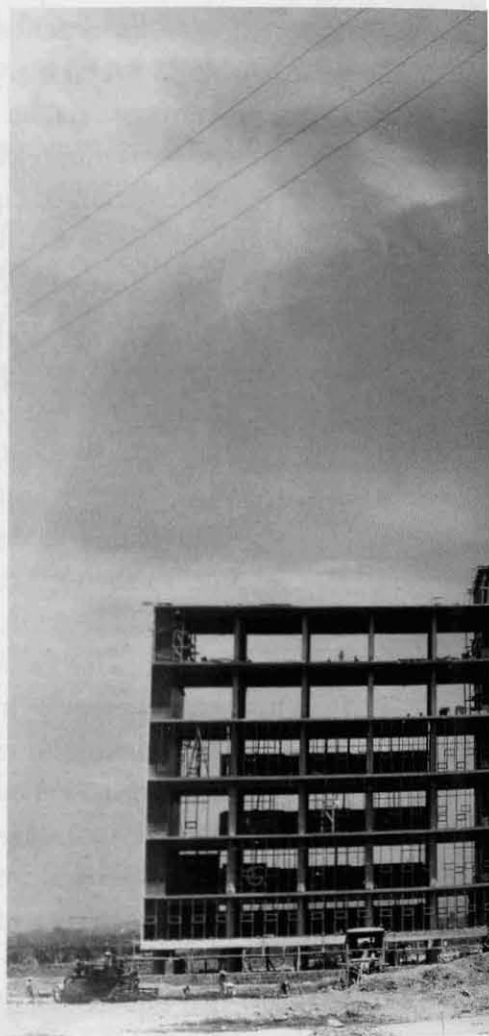


Foto: CESU

* Profesor emérito de la Universidad Nacional Autónoma de México. Miembro de El Colegio Nacional y de la Academia Mexicana de la Lengua

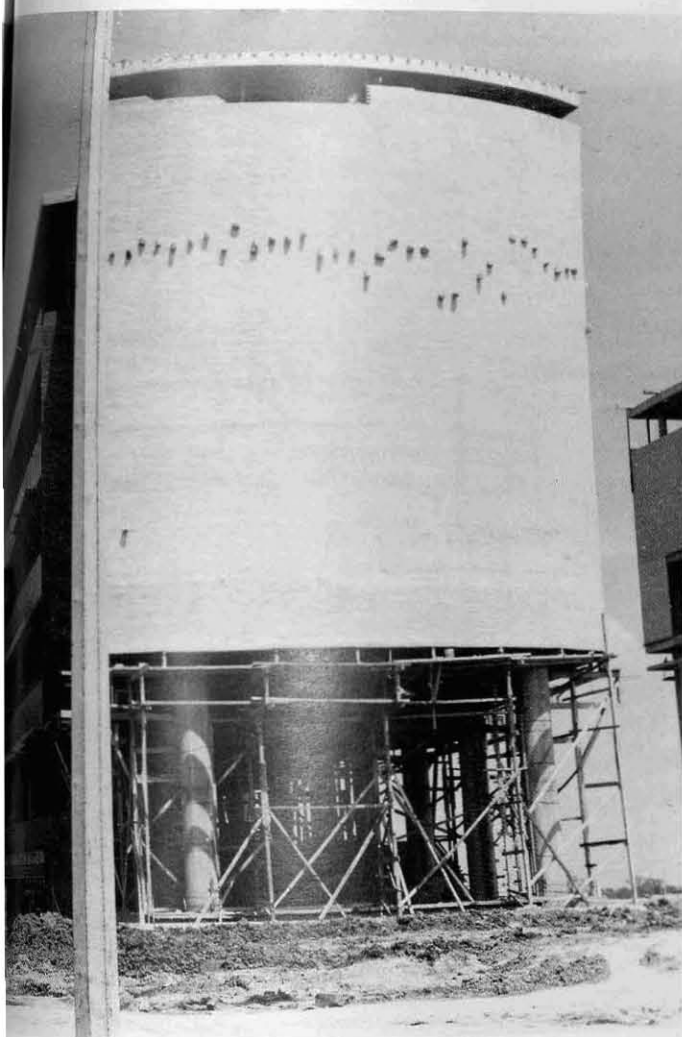
Los miembros de mi generación que terminamos la carrera cumplimos con esta liturgia entre 1949 y 1950. Ese año me tocó presenciar la ceremonia de colocación de la primera piedra de Ciudad Universitaria, en la que hoy es parte de la Facultad de Ciencias. Luego estuve dos años fuera de México, ocupado en mis estudios de posgrado y al mismo tiempo construyendo mi familia. En los dos o tres años siguientes recuerdo haber llevado algunos fines de semana a mis hijos a jugar, con

sus avioncitos y triciclos, a las grandes explanadas de las terrazas, plataformas y estacionamientos vecinos a los numerosos edificios que se estaban construyendo, más o menos febrilmente, en los más de siete millones de kilómetros cuadrados del llamado Pedregal de San Ángel, que el gobierno de Miguel Alemán le había obsequiado a la universidad; uno de ellos era la Facultad de Medicina, al que finalmente nos cambiamos el 17 de marzo de 1956.

Sin embargo, antes de esa fecha yo ya había usado las instalaciones de la Facultad de Medicina en Ciudad Universitaria. En noviembre de 1955 se celebró en México el I Congreso de la Sociedad Latinoamericana de Patología (SLAP), precisamente en el edificio de la todavía no inaugurada (y, por lo tanto, totalmente vacía) Facultad de Medicina. La autorización para realizar nuestro congreso en ese sitio la obtuve del entonces director de la Facultad, el doctor Raoul Fournier. La belleza fantástica de Ciudad Universitaria, que hace medio siglo era todavía más increíble, no sólo para los nativos sino en especial para los extranjeros (la gran mayoría latinoamericanos), compensó de sobra los problemas logísticos del congreso. Muchos de mis colegas latinoamericanos me chulearon Ciudad Universitaria, y recuerdo con toda claridad el enorme orgullo que sentí cuando, en un atardecer glorioso, varios de

ellos y yo contemplamos juntos, desde el tercer piso del edificio A de la Facultad de Medicina, los volcanes Popocatepetl e Iztaccihuatl. Pero ésos eran otros tiempos y otros aires.

Muchos universitarios (y otros no universitarios) toman a Ciudad Universitaria como un escenario para sus actividades, sin prestarle mayor atención, y no faltan quienes se atreven a pintarrajear y empapelar sus muros, o a ensuciar sus espacios libres, instalar sus puestos de periódicos o de fritangas en corredores y cerca de los accesos a



escuelas o institutos, con plena inconsciencia de la afrenta y la indignidad que cometen no sólo contra la belleza del sitio, sino de su significado para la cultura y la vida del país. Porque Ciudad Universitaria, tanto en su conjunto como en cada uno de sus edificios, es una de las joyas arquitectónicas y artísticas más extraordinarias y admirables no sólo de América, sino de todo el mundo. Muy pocos países pueden presumir de un campus de las dimensiones, del diseño, del colorido y de la belleza de Ciudad Universitaria, decorado por los más grandes artistas mexicanos del siglo xx, como Rivera, Siqueiros, Chávez Morado, O'Gorman, Eppens y otros más. La Biblioteca Nacional, bajo la custodia de la UNAM, está alojada en un espléndido edificio; su organización es un modelo que ya quisieran otras muchas bibliotecas nacionales de otros países para un día de fiesta, y su visita debe despertar no sólo admiración, sino orgullo. La Sala Nezahualcóyotl, en el Centro Cultural Universitario, es desde luego el recinto musical mejor y más bello de toda América, y sólo se compara (con ventaja a su favor) con la sala de la Filarmónica de Berlín; además, es la sede de la Orquesta Filarmónica de la UNAM (OFUNAM), con mucho la mejor de las orquestas sinfónicas del país, comparable (casi siempre) con las más famosas del mundo, como las de Nueva York, Boston, Viena, Londres y Berlín. El Jardín Botánico de cu es precioso y está muy bien cuidado, y la Unidad de Seminarios Ignacio Chávez no tiene parangón, en estructura y funciones, con ninguna otra universidad que yo conozca.

La Facultad de Medicina en Ciudad Universitaria ya no tiene que ver con el Tribunal del Santo Oficio de la Inquisición, ahora el Palacio de Medicina. Del ambiente medieval del centro de la ciudad de México saltamos al siglo xx en el Pedregal de San Ángel; en vez de un edificio antiguo, adaptado a medias para realizar funciones modernas, desde 1956 tenemos una casa nueva diseñada específicamente para cumplir con los objetivos de la universidad, que son la docencia, la investigación y la difusión de la cultura. Los médicos universitarios que estudiamos y trabajamos en la Facultad de Medicina desde antes de la construcción y apertura de Ciudad Universitaria, y que seguimos perteneciendo a ella, vemos a nuestra Facultad en cu como un espléndido, bienvenido y muy deseado regalo. Pero también sabemos que, desde siempre, lo más importante en las universidades no han sido los edificios (como quería Lowell) ni los libros (como dijo Carlyle), sino los estudiantes y los profesores. 

Los espacios interiores de cu también fueron debidamente planeados según la función que debían desempeñar. Aquí, el famoso doctor Ignacio Chávez presenta una ponencia en un congreso de cardiología celebrado en el anfiteatro de la Escuela de Medicina.
Foto: Úrsula Bernath, 1958

